



PRIMERA PARTE.

Todo el pueblo, incluido Vanka¹, conocía el Camino.

El sendero por el que solían transitar la gente del pueblo, y que desaparecía bajo la grasa líquida que llenaba los baches, no conducía hasta el Camino, sino que iba en dirección contraria, hacia Matveevka, hacia el río. La única manera de llegar al Camino era una senda poco fiable que nadie había hollado a saber en cuánto tiempo. Una senda que zigzagueaba entre arbustos de los que pendían frutos grandes como el puño de un niño, y que casi desaparecía entre las hierbas altas. En el Camino no había nada que pudiera interesar a nadie, y todo el pueblo lo sabía. En otros tiempos, los más pequeños habían ido a correr por allí, a pesar de las advertencias de sus padres. Podían dibujar con trozos de ladrillos silicocalcáreos en el suelo compacto y duro, y la pelota también rebotaba mejor. Luego desaparecieron algunos niños que se habían escapado para jugar en el Camino y desde entonces se consideró un lugar maldito, malo. Pero la principal causa de que lo olvidaran es que el Camino no conducía a ningún lugar. No tenía ningún sentido ir por él.

Si a Vanka no le hubiera ocurrido nada especial aquel día, lo más probable es que no hubiese ido nunca por el Camino. Habría pasado en casa de sus padres toda su vida, que con suerte habría durado unos cincuenta años, y no se le habría ocurrido ir más allá de Matveevka. ¿Para qué iba a marcharse por el Camino? ¿Para dar de comer a los lobos?

¹ «Vanka» es un diminutivo de «Iván». (N. del t.)

3

Por supuesto que huir del hogar por esa vía era una empresa absurda y condenada al fracaso. ¿Por qué? ¿Por qué no se dirigió al único pueblo cercano, donde había seres humanos, y se marchó precisamente por el Camino? Tal vez para probarse a sí mismo su terquedad y valentía, para ver cuántos pasos era capaz de dar en dirección a la nada antes de aceptar la humillación de la derrota y emprender aliviado el regreso.

Por lo menos estaba claro que en otro tiempo había habido algo cerca del Camino. Los que habían vivido por allí decían que había que ir siempre hacia la derecha. Así, en cinco días se llegaba a Bir-Dzhana, y en dos semanas a Khabar.

Khabar era un sitio que se parecía a su pueblo, o a Matveevka, pero más grande, e incluso enorme, y todas sus casas eran de ladrillo, y también la escuela y el consejo de la aldea. Casi todos los edificios eran de dos pisos, había algunos que tenían tres y cuatro plantas, aunque no se entendía cómo unas construcciones tan altas podían aguantar sin derrumbarse.

Tal vez los ancianos mintieran para darse importancia. ¿Quién les habría dado comida, de no ser por las historias y recuerdos que contaban? No habrían podido sobrevivir ni un invierno. Y es que eso era lo más entrañable: reunirse una noche de enero en el club, encender una antorcha, servirse vasos llenos de aguardiente casero y escuchar a Mikhailich, o al abuelo Marat, mientras explicaban cómo había sido el mundo de antaño y se secaban sin parar el sudor de la calva. Muchos de los adultos todavía recordaban aquella época, pero no muy bien. Salvo una pareja de ancianos, en el pueblo no quedaba nadie con más de treinta años. La Nube Negra los había matado a todos.

Vanka tenía trece años, esa edad en la que empiezas a darte cuenta de que los padres no saben nada de la vida y todo lo hacen mal. Pero no gozaba de muchas posibilidades para llevar la contraria: su padre era cazador, un hombre severo

que no estaba dispuesto a discutir con su hijo. Todo lo zanjaba a base de puñetazos y palabrotas. La madre era una mujer débil, siempre lívida. Quería a Vanka, pero no lo defendía.

Hasta ese día todo había ido más o menos bien. Si bien Vanka contestaba cada vez con más osadía a su padre —y esquivaba ágilmente sus manotazos—, este último también se mostraba algo más dispuesto a aguantar sus excentricidades y pedanterías. Era probable que al cabo de unos tres años la relación se equilibrara, que Vanka aprendiera a tratar con mayor comprensión a su padre, y que el padre aceptara que había dos hombres en la casa y que ambos tenían derecho a dar su opinión.

Ni que decir tiene que Vanka no había pensado en nunca en fugarse, ni siquiera en todas las ocasiones en las que se había escondido en el cobertizo después de recibir un guantazo de su padre, o de soportar su ira, y se había dicho que ya no lo aguantaba más. Pero ni el padre era rencoroso, ni el propio Vanka sabía estar de morros mucho tiempo, y la familia acababa por reunirse para la cena, aunque todo el mundo mirase al plato con mala cara.

Con todo, Vanka no perdonaba las humillaciones. En primer lugar, porque no se merecía las bofetadas. Su padre se las daba tan sólo para desahogarse los días que la caza no le iba bien. Porque había deambulado en el bosque durante dos días y había vuelto con el hombro roto, una costra endurecida de sangre que le ensuciaba media manga, la aljaba vacía y una única perdiz, aunque hubiera ido a cazar un alce. La pequeña había enfermado aunque fuese verano, la madre se había puesto nerviosa y había pedido al padre que no se alejara mucho, pero éste trataba de abatir a un animal más grande para disponer de provisiones de carne.

—Vaya —le había dicho Vanka— Sin noticias del alce. ¿Pasará por aquí más tarde?

¿Sólo por eso había tenido que dejarlo tendido en el suelo? Aún peor: todo había sucedido en presencia de su vecina, Verochka. Hacía siete meses que Verochka le gustaba a Vanka, desde Año Nuevo, pero la niña no le había hecho caso, porque salía con el larguirucho de Sashka Vinogradovi. El muchacho era tres años mayor que ellos dos. Vanka no era rival para Vinogradovi, así que no le quedaba más remedio que aguardar por si rompían. No albergaba muchas esperanzas, pero en todo momento trataba de ganarse las simpatías de su guapa y rubia vecina. Vanka aún no tenía nada claro hasta dónde querría llegar si la cosa le salía bien, pero todas las noches, al cerrar los ojos, veía los gruesos labios de la muchacha, manchados de zumo de fresa. Le habían perseguido desde el día en que la vio con sus amigas en el sotobosque, detrás de la cosecha de bayas.

A decir verdad, Vanka había soltado el chiste sobre el alce porque quería arrancarle una sonrisa a Verochka. No había tenido en cuenta los sentimientos de su padre. La reacción fue instantánea: su padre, sin pensar, le había abofeteado como de costumbre, con la mano abierta contra las orejas, de costado. Pero aquella vez no se había contenido en absoluto.

Vanka había oído un zumbido insufrible, había visto motitas brillantes y no había logrado ponerse en pie hasta tres minutos más tarde. Se había quedado a gatas sobre el charco, tambaleante. Había tratado de tomar aire y frenar las vueltas que le daba la cabeza. El padre no había vuelto a pegarle. Había escupido a sus pies y le había dicho con menosprecio: «¡Cerdo! ¡Deberías estarme agradecido!»

Cuando, por fin, Vanka había logrado incorporarse y mirar a su alrededor con ojos turbios, no había encontrado a su padre, ni a Verochka. Después de aquello ya no merecía la pena coquetear con ella. Vanka se pasó una hora, o tres, sentado en el cobertizo, y al salir todo le parecía igualmente trágico. Si hasta le

costaba imaginar que pudiera volver a andar por la misma calle que Verochka. Odiaba a su padre, sin matices. La rabia mezclada con vergüenza hizo que durante unas horas se planteara represalias más o menos ingenuas, pero luego, al notar que la oreja ya estaba mejor, lo dejó correr y se decidió a marcharse de casa para siempre. Pero ¿adónde iría?

Si se marchaba a Matveevka, su padre lo descubriría en un santiamén. Era el primer lugar a donde iría a buscarlo. ¿Se iría al bosque? Y una vez allí, ¿qué haría? ¿Merodear por los claros cercanos al pueblo y asustar a los buscadores de setas? Acabaría por hartarse de comer bayas y rúsulas, y al final volvería a casa para tomar la sopa de mamá. No, tenía que fijarse un objetivo. Podía marcharse por el Camino y tratar de llegar a Khabar.

O en dirección contraria. A Vanka le pareció que era un buen objetivo. Obviamente el guantazo de su padre le había embotado el cerebro.

En Khabar no quedaría ni un alma. Al menos no habría seres humanos. La ciudad había quedado reducida a cenizas desde el principio. Probablemente, la radiación sería tan fuerte que la garganta le escocería nada más llegar y se desmayaría poco más tarde. Y el que pierde el conocimiento puede darse por perdido. Se traga tal dosis que ya no puede levantarse y arde en vida.

Pero todo aquello no eran más que suposiciones... hacía casi veinte años que no se podía venir en coche desde Khabar y los vagabundos desastrados que llegaban de vez en cuando por el Camino no eran fiables. Uno de ellos juraba que lo único que quedaba de la ciudad era un solar abrasado sin fin, y que no se había conservado ni un solo ladrillo entero, tan sólo una capa de medio metro de hollín y ceniza. Pero otros contaban que los edificios seguían intactos y que de noche se encendían luces en las ventanas. En realidad, lo más probable era que los vagabundos vinieran de otros pueblos y no hubieran caminado más de

cien kilómetros por el Camino. La mayoría no se atrevía ni siquiera a eso, pero la fama de viajeros audaces les garantizaba un mendrugo de pan.

Quizá se le ocurrió a Vanka que al regresar de la excursión lo verían como a una persona madura y fuerte, y que al contar sus aventuras borraría de la memoria de Verochka la imagen del niño endeble que recibía bofetones, tendido sobre la mugre con total impotencia, sin fuerzas para ponerse en pie.

Aunque su pueblo acogiera siempre a los foráneos, éstos aparecían con frecuencia cada vez menor. El Camino se había vuelto peligroso y el bosque empezaba a cerrarse sobre él. En ciertos lugares ya se veían pinos jóvenes que habían crecido en sus grietas. En realidad, no eran muchas. El Camino había sido recubierto a conciencia y había aguantado el frío de quince años de invierno siberiano, y últimamente, aunque el polvo empezara a asentarse y el sol brillara cada vez con mayor fuerza en verano, soportaba el calor de julio.

Hacía tres años que había llegado al pueblo un último forastero, si no se contaba como tales a los habitantes de Matveevka. Esta última localidad estaba más apartada y hacía cinco años que nadie se había presentado por allí. Se encontraba a casi seis kilómetros. La senda era mala. Además, la frecuentaban lobos. Por ello, cada vez que querían visitar a sus vecinos iban en convoyes de carros, provistos de ballestas y otras armas, y aun así trataban de llegar antes de que cayera la noche. Pero la senda no había quedado cubierta por la vegetación. Ni la gente del lugar, ni los habitantes de Matveevka, escatimaban esfuerzos en retirar un árbol caído, cortar las espinas venenosas que se acercaban demasiado al margen, ni siquiera en llenar de arena los baches más hondos en los que habrían podido romperse los carros, unos vehículos muy apreciados que construían con pie zas de automóviles.

No podía ser de otro modo. Aparte de Matveevka, no había seres humanos en unos cincuenta kilómetros a la redonda, y cabía la posibilidad de que los pueblos más lejanos hubieran dejado de existir. Nadie iría a comprobarlo. Lo de Matveevka era distinto. Habían cerrado con ellos un acuerdo de colaboración por si atacaban salvajes o fieras, o se acababan los víveres del invierno. La gente del lugar se habría visto perdida sin la de Matveevka. En invierno tan sólo comía peces y se veía obligada a depositar toda su esperanza en el río. Con todo, los de Matveevka tampoco lo tenían fácil, Su tierra era mala, su arena era arcilla. Lo único que podían plantar eran pinos, porque las patatas y la verdura prefieren zonas más cálidas. Antes, durante los primeros años, tan sólo habían podido cultivar dentro de las casas, en tinajas. Luego el cielo se había despejado, el verano se había vuelto cada vez más cálido y cada uno de los habitantes del pueblo había plantado un buen huerto. No, no quería ir a Matveevka. ¿Qué clase de fuga habría sido esa? Tan sólo un paseo...

Impulsado por el absurdo deseo de hacer algo de verdad, decisivo, llegó hasta el Camino, y cuando tuvo que elegir entre ir hacia la derecha, en dirección a Khabar, o hacia la izquierda, se decantó por la izquierda, hacia lo desconocido.

Vanka no recordaba que nadie hubiera ido nunca por la izquierda. Todos los forasteros venían por la derecha. Se rumoreaba entre la gente del lugar que más allá del pueblo no había viviendas humanas en cientos de kilómetros. Además, en el bosque que atravesaba el Camino había lobos enormes, capaces de derribar a un toro. Por ello, los viajeros se desanimaban y retrocedían por donde habían venido, por la derecha. Los que, a pesar de todo, habían osado marcharse por la izquierda no regresaban, por lo menos al pueblo.

Pero cada vez que pensaba en el Camino, Vanka sentía inquietud: ¿cómo era posible que no hubiera nada a la izquierda, si se trataba de un Camino tan magnífico, ancho, asfaltado?

Pasó la noche en el cobertizo, porque no quería ver a su padre. Cuando todo el mundo estuvo acostado, se metió en la cocina a hurtadillas y se tomó una

sopa fría que había preparado su madre y aún estaba en la cazuela. A continuación cogió carne curada, pan seco, todo lo que encontró. Hurtó el cuchillo de caza de su padre, el arco y las flechas, y se escondió a esperar el amanecer.

De noche, las puertas del pueblo estaban cerradas. Cabía la posibilidad de trepar por la doble empalizada de tres metros de altura que lo circundaba. Estaba hecha con troncos de pino. Pero lo habrían visto desde los puestos de vigilancia, y si tenía mala suerte podían llegar a dispararle. Además, entre las dos hileras de troncos deambulaban perros guardianes muy feroces, y Vanka no quería caer entre sus zarpas. Como mínimo le desgarrarían los pantalones vaqueros, y después tendría que pasarse dos semanas en arresto domiciliario.

No eran ésas las únicas medidas que se habían adoptado para proteger el pueblo. Aunque hacía años que no se sabía nada de los salvajes, no podían dar por sentado que hubieran abandonado la comarca para siempre. Mientras los habitantes del pueblo no se habían unido a los de Matveevka para ofrecer resistencia, los salvajes no habían dejado de robar ganado y atacar a los buscadores de setas. Sacaban los ojos de las cabezas de sus víctimas y después las dejaban a las puertas del pueblo.

Al fin ambas comunidades habían creado una fuerza de doscientos luchadores, y ésta había sorprendido a una furiosa banda de salvajes y los había masacrado. Entonces, la comarca se había vuelto más tranquila. Ya sólo les preocupaban los lobos y los murciélagos de gran tamaño. Habían exterminado a los salvajes con una brutalidad digna de bestias feroces, pero así habían ganado unos años de paz y tranquilidad. Ni el luchador más locuaz quiso explicar qué había ocurrido con las hembras y las crías que se llevaron a un claro apartado después de la batalla. La columna de humo que se elevaba desde allí ocultó el cielo durante dos días seguidos, Con todo, podían venir otras

bandas, y por eso todos los días había tres turnos de vigilancia, las puertas se cerraban al ponerse el sol y no volvían a abrirse hasta el amanecer, y eran raras las ocasiones en que los convoyes iban y volvían de Matveevka sin protección. No podía decirse que los dos pueblos se hallaran en estado de sitio, pero ni la gente del lugar ni los de Matveevka emprendían más expediciones. Mejor no ir a otros lugares. Que cada uno se quedara en su casa.

A nadie se le habría ocurrido acercarse de noche a la empalizada. El vigilante no habría abierto por Vanka. Era más fácil esperar a la salida del sol, ir al vigilante, decirle que quería salir en busca de setas y marcharse por la senda angosta, entre las hierbas altas, los arbustos, los árboles nudosos, y cruzar la colina entera hasta llegar al Camino.

Pero se habrían dado cuenta en seguida. Uno de los vigilantes era muy amigo de su padre y le explicaría lo que había hecho Vanka. No se preocuparían hasta que llegara la noche y vieran que Vanka no había regresado a la hora de cerrar la puerta. Un solo día le bastaría para llegar lejos. Por allí sólo había montes pelados. El Camino zigzagueaba entre ellos, y aun cuando pasara por terreno elevado tan sólo permitía divisar las cimas más próximas, y las depresiones quedaban ocultas. No habría podido hallar un paraje más propicio a la fuga. Si además llovía, la pista de olor se borraría y los perros no podrían seguirlo... Su padre, sin duda, saldría a buscarlo. Después de todo era su único hijo varón, aunque no fuera el favorito.

Le convendría llevarse un paraguas. Vanka, igual que todos los niños nacidos después de la guerra, aguantaba las tormentas venenosas mejor que los adultos, pero de todos modos podía enfermar. La gente de la comarca se hacía paraguas con piel de cabra. No les quitaba el pelo, quedaban bonitos y hasta resultaban cómodos, aunque pesaran un poco al quedar mojados tras la lluvia. Por el motivo que sea, los llamaron «robinsones». Cuando era pequeño, Vanka,

confundiendo dos palabras, había empezado a llamarlos «robinmontes», y aún lo hacía de vez en cuando, por costumbre.

Vanka aún estaba sentado sobre el montón de heno y contemplaba un redondel de cielo nocturno, oscuro y grisáceo, que se veía por un agujero abierto en la pared bajo el techo del cobertizo. Oyó a lo lejos el aullido de los lobos y pensó que tal vez fuera mejor quedarse, pero llegó a la conclusión de que era de todo punto imposible. Aquella vez su padre se había enfadado más de lo habitual. Por la mañana no podría evitar la bronca quizá tampoco unas zurras. Además, después de la vergüenza que había sufrido, no quería vivir bajo el mismo techo. Y Verochka... la había perdido para siempre, y verla todos los días con esa conciencia, y sabiendo que la muchacha lo había visto todo, que había sido testigo de su humillación... habría preferido morir ahogado. O marcharse del pueblo.

En cuanto el horizonte empezó a teñirse de un color rosáceo, Vanka repasó una vez más el contenido de la mochila y salió del cobertizo. A la salida del pueblo, tal como había previsto, no le hicieron preguntas, Los guardias no paraban de bostezar y de frotarse los ojos enrojecidos por la falta de sueño. Abrieron el cerrojo con gran estruendo, lo acompañaron al otro lado de la empalizada, escucharon somnolientos mientras les decía lo de las setas, soltaron palabrotas entre dientes y regresaron a sus puestos.

Mientras los centinelas pudieron verlo, Vanka anduvo sin prisas. Hurgaba las setas con una vara de sauce y trataba de pisar con el máximo sigilo para que sus pasos, el crujido de las ramas, el roce sobre la hierba, no le impidieran oír gritos y pisadas de posibles perseguidores. Todo estaba en calma. No había nadie interesado en atraparlo, Al cabo de media hora, seguro ya de que las colinas impedirían que los vigilantes lo divisaran, echó a correr con todas sus fuerzas. Aquel año daba la casualidad de que ninguno de los habitantes del pueblo se

había acercado al Camino. La senda apenas si se intuía entre las hojas verdes y afiladas que llegaban hasta el mentón, y las espigas lanosas de las malas hierbas.

Un sol escarlata todavía tenue se esforzaba por trepar por la cresta de la colina. La depresión se llenó con el canto de los saltamontes, que hacían oír su voz desde los arbustos que flanqueaban el Camino. Los pajarillos se disponían a interpretar su parte en el concierto. Vanka sintió en el alma un alivio inexplicable, como si la estupidez de marcharse de casa, a la que unas horas antes había estado a punto de renunciar, hubiera sido la mejor decisión de toda su vida.

Al divisar el Camino a lo lejos, aceleró todavía más el paso. No se permitió un instante para tomar aliento, hasta que llegó a un rótulo desvencijado y herrumbroso donde se leía:

SEMIONOVKA 4 KILÓMETROS MATVEEVKA 10 KILÓMETROS

Antes de éste había una bajada cubierta de asfalto. Pero no habían conseguido que llegara al pueblo. Al cabo de diez metros el asfalto se transformaba en camino de tierra apisonada, y luego en una senda angosta que se prolongaba, casi imperceptible, hasta la localidad.

En Semionovka, en la plaza que se hallaba frente al consejo de la aldea (donde también se encontraban los edificios del club y de la escuela) quedaba algo de asfalto agrietado y desgastado por el paso del tiempo. Así, Vanka no veía nada que le resultara insólito. Pero de todos modos el Camino estimulaba su imaginación. Era muy amplio —hasta unos treinta pasos—, sorprendentemente liso —sin baches ni apenas grietas—, cual franja oscura instalada entre los montes pelados, tan bien puesta que los pinos y los abetos no

habían conseguido borrarla en las décadas transcurridas. Aún se conservaban las marcas: se distinguían a la perfección las líneas de puntos sobre la superficie rugosa.

No le quedaba tiempo para reflexionar. Miró a ambos lados, se llenó los pulmones del aire húmedo de la mañana y se marchó por la izquierda.

SEGUNDA PARTE.

No tenía un objetivo concreto, ni podía tenerlo. Quien emprende un viaje a ninguna parte tan sólo puede preguntarse cuándo reunirá el valor suficiente para reconocer que la huida no tiene sentido y volver atrás. Existía una mínima posibilidad de encontrar seres humanos y un nuevo hogar, pero no era eso lo que Vanka deseaba en el fondo de su alma, y cuanto más avanzaba por el Camino, más consciente era de ello. Al principio se arrimaba al margen, y al subir por la siguiente colina se acercó a los troncos de los árboles, trató de fundirse con ellos y volverse invisible, y de tiempo en tiempo contemplaba el valle que se extendía entre los cerros. Pero al cabo de diez veces de no ver a nadie en el lienzo interminable que cubría la depresión, abandonó todo intento de ocultarse y se echó a andar por en medio del Camino. Al tiempo que caminaba, tarareaba para sus adentros una canción que había oído en el club del pueblo. Después del mediodía, Vanka se detuvo a reposar cerca de un angosto riachuelo de agua casi transparente que atravesaba el Camino. Pasó por un puente de tamaño considerable, que alguien debía de haber construido por si el riachuelo crecía y la orilla se elevaba hasta tres veces la altura que tenta entonces. Entonces echó un trago de agua y sacó provisiones de la mochila. En todo el día no vio ningún ser vivo, tan sólo divisó de lejos un alce con una cría, pero no osó acercarse a ellos. Pensó que ya se había alejado bastante de su pueblo. En cualquier caso, Vanka se había hartado de contar las colinas por las que pasaba y lo dejó correr. El Camino seguía adelante sin inmutarse y el muchacho no encontró ningún cartel que indicara la cercanía de un pueblo, ni roderas de carro que lo atravesaran. Pero no podía ser que hubieran hecho aquel Camino en medio de la nada. Tenía que haber algo a su otro extremo... un destino por el que mil obreros de la propia Khabar (si hubiéramos juntado Matveevka y Semionovka, y otros dos pueblos de igual tamaño, a lo mejor habría sido posible reunir a tantas personas) habían trabajado de día y de noche, año tras año, turnándose a lo largo de los años o muriendo, desmoralizados, allí mismo, en aquel lugar perdido, a cientos de kilómetros de la vivienda humana más próxima. Lo más probable era que ninguna de aquellas personas continuara con vida...

Vanka habría sido incapaz de creer que el Camino lo habían construido seres humanos, si no lo hubiera sabido de antemano. Con todo, los ancianos afirmaban que las casas de varios pisos, los puentes firmes sobre ríos anchos y agitados, e incluso los caminos asfaltados, habían sido algo absolutamente cotidiano en otro tiempo. Después ocurrió lo que ocurrió, y al parecer fue entonces cuando desaparecieron la técnica y el combustible, y las personas que sabían manejar las máquinas necesarias y dibujar los planos de aquellas construcciones tan complejas. La empalizada y los puestos de vigilancia de su pueblo los habían construido entre todos a lo largo de cuatro años, y no había sido nada, los habían acabado muy rápido. Si se hacían casas nuevas, sólo podían ser de madera. Habían aprendido a encajarla sin necesidad de clavos, porque ya no encontraban. Siempre podían arrancar los antiguos, pero estaban todos oxidados... las pocas construcciones de ladrillo que quedaban de épocas

anteriores —el club, el colegio y el consejo de la aldea— se usaban como fortalezas en los momentos difíciles. Si había ataques, las mujeres y los niños se resguardaban en ellos. Se hacía algo parecido en Matveevka, aunque esos ni siquiera tenían club.

Al anochecer, la absoluta e inconcebible vacuidad del Camino empezó a inquietar y abrumar a Vanka. Por lo visto, se había producido un vertido no muy lejos de allí, A lo largo de los márgenes, los árboles cambiaban poco a poco, se volvían más grandes, más de lo habitual en los álamos y los pinos, y se divisaban las negras siluetas de unos enormes robles y abetos mutantes. Se abrían en dos, se enfrentaban, se alzaban en su desesperación cual las manos de un moribundo, con troncos que parecían dedos nudosos retorcidos por un dolor inimaginable en la agonía final. Vanka se lamentó por no haberle robado el dosímetro a su padre. Allí le habría resultado útil. En aquel lugar los pájaros no cantaban. Lo único que se oía en la espesura era el grito repetitivo de las lechuzas, y cuando empezó a asomarse por el horizonte el tenue espectro de la luna, se distinguió a lo lejos el aullido asesino de los lobos. Por suerte, ninguna criatura se acercó a él, pero con todo Vanka no se atrevía a pasar la noche en el campo. Escogió un árbol nudoso cerca del Camino, se subió hasta el lugar donde se separaban las ramas y se hizo un sitio para dormir. Se hallaba a unos cuatro metros de altura. Podía caerse y hacerse una fractura, pero al menos allí no le alcanzaría un lobo común.

La luna brilló con el color de una cuchara de aluminio y en el negro y fatigado firmamento aparecieron los diminutos agujeros de gusano que eran las estrellas. Vanka, ya amodorrado, se imaginó que el cielo nocturno era un manto y que al dispararle flechas se abrían desgarrones por los que se colaban hilillos de luz, y que eso eran los astros...

Las ramas secas de los gigantes muertos del bosque se partieron como astillas, los troncos de los árboles aún vivos crujieron con tristeza bajo un peso que aún no conocían. Los arbustos, abatidos, susurraron en su impotencia... una criatura de extraordinario tamaño se movía por la espesura y rugía con fuerza. Vanka no había oído hablar de nada semejante. El roble en el que estaba durmiendo se estremecía a cada pisada del monstruo, como si el árbol y el propio Vanka hubieran temblado de miedo y las hojas, asustadas, pugnaran entre sí. Vanka se arrastró a la rama más cercana y trató de apoyarse en ella, con la espalda contra el tronco, en un intento por divisar a la bestia, o por lo menos descubrir a qué distancia se hallaba.

Tuvo suerte dos veces. En primer lugar, porque la criatura salió a un claro que se hallaba a unos cincuenta pasos del refugio de Vanka para echar una ojeada y husmear. Se intuía una silueta enorme y oscura contra los álamos y abetos enfermos, pero Vanka no lograba distinguir si era una versión mutante de alguna de las fieras que ya conocía, o algo que no había visto jamás. Lo único que vio fue que se movía a cuatro patas y que la cerviz se encontraba a por lo menos tres metros del suelo.

El viento sopló en la cara de Vanka y la suerte le sonrió por segunda vez. Corno el olor no le permitía encontrarlo, la criatura soltó un rugido de irritación, dio media vuelta sobre sus extremidades traseras, derribó varios pinos jóvenes con las delanteras y regresó al bosque frondoso.

Entretanto, Vanka estuvo sentado, paralizado por el miedo, abrazado con fuerza a la gruesa rama como si ésta hubiera sido su madre, sin atreverse siquiera a secarse el sudor de la frente. Cuando los crujidos y chasquidos desaparecieron en la lejanía, volvió a acomodarse con cuidado de no hacer el más mínimo ruido y suspiró muy débilmente. Algo le decía que eran pocos los

que lograban sobrevivir a un encuentro con la criatura, aunque fuesen cazadores experimentados.

A pesar de lo ocurrido, logró conciliar el sueño. Por lo visto, el monstruo no lo había asustado sólo a él. Durante toda la noche no volvió a oír otro aullido. Ni los horribles gritos de los murciélagos, ni el sollozo desesperado de los mochuelos.

Cuando despertó, el sol ya estaba bastante alto. Vanka bajó al suelo con cuidado, echó un vistazo y vio que alrededor del árbol en el que había pasado la noche había decenas de huellas... 'lobos? Muy agitado, miró a su alrededor. Le pareció que la taiga le devolvía la mirada y murmuraba pensativa con sus millones de hojas, que las garras de sus abetos crujían, que le observaba, le observaba...

Tenía que marcharse de allí como fuera. Cuanto antes. Aunque por el momento los lobos lo dejaran en paz, podían volver. El sentido común le decía a Vanka que regresara al pueblo. Sin embargo, el encuentro nocturno había tenido un efecto extraño en él. Había apartado un poco el velo de miedo y pereza que impedía que la gente del pueblo fuera a ver el resto del mundo, el mundo que se encontraba más allá de Semionovka y Matveevka, el mundo al que se llegaba por el Camino. El encuentro no sólo le había asustado, también había despertado en él la curiosidad, lo había espoleado, le había dado fuerzas para resistir al miedo primitivo ante las desconocidas criaturas que se ocultaban en la oscuridad.

Sin pensar apenas en lo que hacía, Vanka arrugó la frente con determinación y se marchó en dirección opuesta a la de su hogar.

Al cabo de unas horas llegó al final de las colinas. Después de la última y empinada ladera empezaba una amplia llanura cubierta de cenagales oscuros, de juncos y hierbajos de dos metros, de donde brotaban vapores putrefactos. El

Camino pasaba sobre un elevado montículo de piedra. Recorría lo que debía de ser el último trecho de suelo firme. Se prolongaba hasta perderse de vista, siempre de color gris monótono e invariable, siempre marcado con las mismas líneas claras, alegres en su misma irrelevancia, hacia delante, hacia un punto lejano al que sólo habían sido capaces de llegar los creadores del Camino, unas criaturas de poder sin límite, Vanka lo veía como su último apoyo en aquellas tierras que se volvían cada vez más peligrosas y hostiles.

No podía ni quería pensar más en Verochka, en la discusión con su padre ni en cómo estaría su madre. En aquel instante sólo le interesaba el propio Camino y el lugar hasta donde le iba a conducir. Vanka empezó a fantasear con toda la imaginación que le quedaba, una imaginación marchita, como las verduras que crecían en tinajas y pasaban toda la vida dentro de una cabaña sin ver el sol. ¿Una ciudad? 'Quizá una ciudad tan grande como Khabar? ¿O todavía más? Los ancianos contaban que en otros tiempos había habido muchas ciudades y que la mayoría de la gente vivía en ellas. Pero ¿qué podía significar muchas? ¿Cinco? ¿Siete? Eso era demasiada población, evidentemente no podía ser. Todo el mundo sabía que el abuelo Marat se llenaba la boca con exageraciones.

A juzgar por lo bien hecho que estaba el Camino, por todos los años que había aguantado y todas las pruebas que había soportado, tenía que haber algo de suma importancia al final de sus cientos, tal vez mil kilómetros de superficie asfaltada. ¿Un escondrijo con tesoros? ¿Medicamentos? ¿Armas? Vanka se imaginó los honores que le rendirían en su pueblo natal si encontraba —por decir algo— unos enormes almacenes subterráneos con metralletas y fusiles... en todo el pueblo no había más que dos fusiles, y por otra parte tampoco les quedaban cartuchos. Uno de ellos lo tenía el presidente del consejo de la aldea colgado en la pared, y el otro era propiedad de Vepria, el cazador más fuerte y hábil. Lo enseñaba en las fiestas del pueblo y provocaba susurros de admiración

entre los transeúntes. Hacía ya ocho años que no se había disparado con ninguno de los dos. Vanka creía recordar que en su niñez había oído disparos de fusil, pero los recuerdos de infancia son vagos y engañosos. Tal vez lo confundiera con el retumbar de un trueno...

El Camino, rectilíneo como la lanza de su padre, avanzaba hacia un horizonte asfixiado por una bruma blancuzca. Tras pasar al otro lado del montículo, Vanka anduvo todavía durante tres horas por el asfalto recalentado. La última colina que había quedado a sus espaldas desaparecía en medio de los vapores de la ciénaga y más adelante solo había una cosa: el Camino, el Camino... tenía que encontrar refugio antes de que anocheciera, porque si no, su expedición terminaría de manera repentina y absurda. Cuanto más avanzaba por el Camino, más meditaba sobre su suerte, más le entristecía pensar en que podía morir sin saber qué había más adelante, y más infamante se le hacía la vuelta a casa con' las manos vacías después de emprender una expedición tan llena de promesas.

Las sandalias caseras le herían los pies, así que se las quitó en cuanto el sol dejó de calentar el asfalto y éste empezó a enfriarse. El agua de algunos charcos parecía potable. Hizo un breve alto en el Camino, comió un trozo de carne curada y un mendrugo de pan seco, y echó de nuevo a caminar. El sol parecía sumergirse en el lodazal y aún brillaba con luz violácea. Sus rayos se entrelazaban con los tallos de los juncos. Pero las tinieblas se volvían cada vez más impenetrables y con ellas empezó una nueva vida crepuscular.

A lo lejos sonó un grito lastimero, casi humano. Luego, a unos cien metros de allí, se oyó en el agua un chapoteo de un cuerpo pesado que salpicaba en todas las direcciones, como si lo que empezaba en los márgenes del Camino no hubieran sido unas charcas de poca profundidad, que se habrían podido atravesar con la ayuda de un bastón largo y robusto, sino un abismo sin fondo cubierto de aguas oscuras y muertas, de nenúfares engañosamente inocentes

que flotaran con indolencia en la superficie. Si alguien confiaba en ellos, si alguien cedía a la tentación de meter los pies cansados en el agua fresca, el lodazal lo engullía y lo arrastraba hacia el fondo, y devolvía un eructo de satisfacción repleto de burbujas que brotaban de los pulmones de la víctima. Lo único que podía volver a la superficie.

Por cansado que estuviera, no podía echarse a dormir en medio del Camino, a la vista de los lobos y otras fieras. ¿Y si se metía entre los juncos con el cuerpo enroscado? A saber lo que viviría entre la vegetación. El padre de Vanka no se había alejado nunca tanto del pueblo. En cualquier caso, jamás había avanzado por el Camino hasta el punto de llegar a la ciénaga. Siempre solía cazar en el bosque. La ciénaga era un lugar de perdición. De no ser porque el antiguo Camino aún existía, Vanka no se habría aventurado por ella. No le quedaba más remedio que seguir adelante, confiado en que llegaría a una población, o por lo menos a un trocito de tierra firme apartada y resguardada.

La noche, como para llevarle la contraria, se nubló. Si en la víspera la luna había alumbrado con su fulgor de estaño los contornos de los objetos más alejados, en aquellos momentos no le permitía ver más que unos veinte pasos más adelante por el Camino. La oscuridad cubría la ciénaga en todas las direcciones.

Vanka pensó que aquello ya no podía ir a peor.

Entonces sonó a su espalda, a lo lejos, un sonido extraño e inquietante. Primero se hizo oír con timidez, casi imperceptible, pero luego se volvió más fuerte, hasta convertirse en un estrépito constante, como si una criatura hubiera seguido hasta allí a Vanka y, tras llegar a una distancia cómoda, lo siguiera con sigilo, sin dejarse ver.

Era un crujido siniestro, que se repetía a intervalos regulares. De noche, en aquel Camino desierto construido por los muertos, lo primero que pensó Vanka

fue en que había espectros, tal vez almas de obreros que habían perecido en la ciénaga...

Recordó un cuento infantil sobre un oso que quedaba atrapado en el cepo de un astuto aldeano, pero luego se cortaba la pata con los dientes, y durante las noches caminaba alrededor de la cabaña solitaria del campesino con una pata de madera que crujía, y exigía que le devolvieran la suya, que el hombre tenía colgada en casa... Vanka acabó por convencerse de que todo aquello eran idioteces.

Miró a su espalda. No se veía nada. Gritó, preguntó por el nombre de quien anduviera por allí, pero no obtuvo respuesta. Dio unos pasos hacia la criatura con la esperanza de asustarla, pero no, el perseguidor no se rindió. Eso significaba que era más fuerte que él. Habría sido absurdo abalanzarse con el cuchillo de su padre. No sabía qué era. Si por lo menos no le atacaba...

No lograba tranquilizarse. El corazón se le había acelerado de puro nerviosismo. Se le hizo un nudo en la garganta. Vanka se esforzaba por controlarse. Se decía que no podía correr. Si se trataba de una fiera, olería el miedo, su propia fuga lo empujaría a perseguirlo. La debilidad de Vanka se habría hecho patente, y el muchacho se habría convertido en presa fácil. ¿De quién era el territorio en el que había entrado, de quién era la telaraña en la que había caído? Tal vez se alimentaran de viajeros imprudentes tentados por la firmeza del Camino. Salvajes, esclavistas, chamanes telépatas... ¿cómo iba a saberlo, si el abuelo Marat no se lo había contado?

Amedrentado por sus propios pensamientos, no menos que por el misterioso sonido que oía a su espalda, Vanka no aguantó más y echó a correr, golpeando el suelo con las plantas de los pies, ahogándose en su propia respiración entrecortada, con un latido ensordecedor que le llenaba los oídos al mismo tiempo que el diabólico crujido... al cabo de unos veinte minutos llegó a la

conclusión de que debía de haberse alejado suficiente y volvió a su paso normal. Antes de tiempo. Al cabo de unos minutos volvió a oír un crujido frío e inhumano a su espalda, en la oscuridad, al principio acelerado, como si el otro también tuviera que hacer cierto esfuerzo, y después a intervalos regulares, igual que antes... ¿unas patas de madera? ¿O serían unas articulaciones secas en las rodillas y en la pelvis? ¿Acaso el cuervo del cementerio, que en el folklore ruso anuncia la muerte, le habría arrancado toda la carne? Sólo un milagro podría salvarlo. Como le faltaba valor para detenerse y encararse con el perseguidor, Vanka, acorralado, dio un paso adelante, como una res indefensa que se dirige al matadero, a punto para recibir el golpe en el pescuezo que pondría fin a su absurda aventura.

Entonces, la compacta negrura que tenía ante sí escupió el objeto que menos habría esperado, aunque si lo pensaba bien, el Camino era el lugar más adecuado para encontrarlo.

Unos diez metros más adelante vio el armazón gris de un autobús. Vanka reconoció de inmediato el vehículo. En el pueblo tenían uno parecido. Lo habían llevado hasta allí en los primeros tiempos, junto con otros vehículos. Le habían quitado las ruedas y los ejes para instalarlos en los carros. El autobús se había utilizado durante mucho tiempo como cuartel para los guardias, hasta que el techo se había oxidado, y los milicianos más activos habían roto los cristales y se habían llevado el caucho para usarlo en sus casas. ¡Había encontrado un refugio! La puerta trasera, la que por suerte le quedaba más cerca, estaba abierta. Echó una última mirada atrás y puso el pie sobre el escalón, y finalmente entró en el autobús. ¡Podría encerrarse en aquel refugio enviado por la mismísima Providencia y quedarse dentro por lo menos hasta el amanecer!

Sintió en la nariz un olor agrio a pelo de perro mojado. Vanka sintió que se le helaba la sangre. En unos segundos entendió dónde se había metido, y el

gruñido sordo de varios lobos confirmó sus terribles sospechas antes de que pudiera escudriñar la penumbra que reinaba en el habitáculo. Con cuidado, paso a paso, sin dar la espalda a las bestias grises que se ocultaban en las tinieblas, bajó por los escalones hasta poner pie sobre el Camino, y entonces se vio entre la espada y la pared. No quería que su invisible perseguidor lo despedazara, pero tampoco que lo devorasen los lobos. No le quedaba ninguna esperanza. No podría oponer resistencia a las fieras con su arco infantil y el cuchillo de su padre. No tenía dónde esconderse y de nada le habría servido correr. Primero un lobo, y luego otro, se posaron suavemente sobre el polvo que cubría el Camino. A la luz turbia de la luna oculta tras las nubes, parecían aún más grandes de lo que eran en realidad. Sin duda, eran mutantes, pero no de esos tan gigantescos que el mero rumor sobre su posible aparición sembraba el pánico en los pueblos que Vanka conocía. Iban con el cuerpo tenso y encorvado, como la cuerda de un arco, dispuestos a acometer con un salto preciso. Vanka alargó el brazo que sostenía el cuchillo, consciente de que no podía hacer nada, de que si no le atacaban tan sólo se debía a que estaban valorando si el muchacho podía suponer un peligro...

De repente se oyó un trueno, pero sin relámpago, como si no hubiera procedido del cielo sino de más atrás en el Camino. Uno de los lobos retrocedió, soltó un gañido como un perro, cayó sobre el costado, trató de levantarse, no pudo, volvió a rastras hacia el autobús, pero se dio cuenta de que no llegaría y se puso a gimotear, sufrió convulsiones y se quedó inmóvil. El segundo de los lobos se adentró en la oscuridad en silencio y se esfumó, como si hubiera dejado de existir. Vanka se quedó helado, aturdido, pero empezó a comprender lo que había pasado.

A unos veinte metros de él, un mechero se encendió y prendió fuego en la mecha de una lámpara de aceite. Se trataba de un ser humano normal, solo, con

un arma rara en las manos, una especie de fusil, pero mucho más corto, con un depósito grande en el medio. Al lado de su pierna se sentaba, inmóvil, un perro enorme y feroz, de unas dimensiones que superaban a las de un lobo común. ¿Cómo había conseguido que el perro estuviera tan tranquilo, a pesar de hallarse tan cerca de carnívoros? Vio sobre el asfalto... ¿qué era eso? Tenía una rueda que daba vueltas chirriando... ¿un monopatín?

- —¿Es que nunca habías visto una bicicleta? ¿Por qué miras así? —En aquella voz había un deje de burla, pero burla bienintencionada, sin ánimo de herir.
 - ¿Eso es una... veleta? —respondió Vanka, inseguro.
- —Acércate, no tengas miedo. El perro no te hará nada. —El hombre le dio un pescozón al chucho, y el animal bostezó, nervioso. Miraba a un punto lejano en la oscuridad—. ¿De qué tienes tanto miedo? Ya, claro, los lobos... te he estado observando... bueno, es que... tengo pocas diversiones, ya me entiendes. Perdona. —El hombre tosió avergonzado,
- —¿Y de qué raza es? —Vanka ya había tenido suficiente para olvidar el miedo. A fin de cuentas, habría sido estúpido ponerle mala cara a la única persona que había en decenas de kilómetros a la redonda, y que además lo había salvado.
 - —Me parece que es un perro lobero. Yo qué sé...
 - —Podríamos llamarlo Perrito a secas—replicó el incrédulo Vanka.
 - —Y yo qué sé. Está creciendo —dijo, al tiempo que se encogía de hombros—
 - —. Y no para de crecer, así que pronto habrá que buscarle otro nombre.

El animal era alto, pero flaco y de lomo muy encorvado. Cuando, por fin, Vanka se decidió a acercarse, el hombre se quitó la capucha que hasta entonces le había cubierto el rostro y le tendió una mano ancha y gruesa. Tenía todo el cabello canoso y se conservaba sorprendentemente bien, con el pelo cortado en tazón, barba corta y cejas pobladas. A primera vista, Vanka le habría echado

unos cincuenta años, pero el viejo se movía y hablaba muy bien, a pesar de su edad avanzada. ¿Quizá el cabello se le había quedado blanco a causa de la irradiación?

- —¿Y tú cómo te llamas? ¿Iván? I A mí puedes llamarme Serafim Antonovich. Vamos al autobús. Tendremos que pasar la noche en algún sitio.
 - —Eso era una guarida. ¿Y si el otro lobo vuelve?
- —No volverá. —Serafim Antonovich soltó el collar del perro, le dio unas palmadas en el lomo y se acercó a la ciénaga sin hacer sonido alguno Si no hay más de tres, se los cargará como a ratas. Por eso está tan bien alimentado.

Atrancó la puerta con un bastón y extendió la capa en el suelo del autocar. Se sacó de la mochila un trozo de carne frita muy pesado envuelto en plástico y le clavó un cuchillo con una extraña hoja negra.

—Lo siento, tendremos que comer frío. Me da miedo encender una hoguera. Quién sabe lo que habrá más allá por el Camino. En esta remaldita oscuridad no se ve ni a cuarenta metros con el aparato. Los lobos son lo de menos, lo peor es la gente...

Le dio una parte a Vanka y le sirvió un líquido transparente y aromático en el tapón de una cantimplora abollada.

—¿Has pasado un mal trago? Bebe, bebe, no temas, yo también beberé contigo. Bueno, ¿de dónde vienes y adónde vas? —Cuando Vanka hubo terminado, se llevó él mismo la cantimplora a los labios, gruñó y asintió a modo de invitación.

Resultó que no sabía nada del pueblo de Vanka. No paraba de hacerle preguntas. También le interesaron Matveevka, las luchas con los salvajes y la agricultura. En sus trece años de vida, Vanka había visto de todo y no se le habría ocurrido ponerse a charlar con un extraño, pero Serafim Antonovich tenía algo especial, agradable. Era como si lo hubiera conocido desde hacía

tiempo, porque Vanka sentía que podía hablarle con franqueza, como con un viejo amigo.

—¡Mientes! —exclamó con gran énfasis cuando Vanka le contó su extraño encuentro nocturno en el bosque—. El diablo de la taiga no perdona a quien lo ve.

—Es un mutante, ¿verdad? ¿De qué animal proviene? ¿Has oído algo de él?

Lo que es oír, mucha gente lo ha oído, pero verlo...; bueno, sí! Cuentan que es una especie de oso raro... que por aquí hubo un centro secreto para experimentos nucleares. No sale en los mapas y tampoco hay caminos que lleven hasta allí, eso está claro. Pero los que tenían que conocerlo ya estaban bien informados. Afectó mucho al entorno. Todos los animales que se encontraban en un radio de cien kilómetros murieron, hasta los insectos. Y entonces aparecieron esas criaturas. Pero en general... tú no debes de haber visto mapas de nuestro país tal como era antes, ¿verdad? Yo tengo uno. —Metió la mano en la mochila y sacó una hoja con forma de rectángulo—. Ven, mira... el país entero era así. Sólo había ciudades aquí, aquí y aquí. Y eso es todo, los territorios de los antiguos Estados, la tierra donde descansan en paz. Aquí no había nada en absoluto. Nada, ¿entiendes? Nunca hubo nada. Nada más que cerros, ciénagas, arroyos, bosques... miles de kilómetros sin ciudades, sin un solo árbol... como mucho, los sobrevolaban una vez al año en helicóptero... quizás estos diablos de la taiga vivieron siempre aquí. ¿Quién sabe lo que habría en la taiga? Pero ahora...

Vanka estaba en babia, no entendía ni la mitad de lo que el otro le contaba. La hoja de papel amarillenta que Serafim Antonovich recorría con el dedo no significaba nada para él. —Una ciudad ¿es como Khabar? —Se aferró a un tema que conocía. —Como Khabarovsk, sí... o como Vladivostok... como Petersburgo. Como Moscú. — Serafim Antonovich las enumeraba en voz baja, pero la voz articulaba con tal amargura los nombres que debían de ser de otras ciudades, que parecía un tañido de campana en un entierro. El entierro de aquel mundo que había sido el suyo—. Bebamos juntos una vez más. Que sea la última. Por los que ya no están con nosotros. Por los ciento cuarenta millones. —Empuñó la cantimplora, echó un buen trago, entornó los ojos y se quedó callado.

Vanka también guardó silencio, No sabía qué decir. A través de una escotilla rota del techo se veía un pedacito de cielo. Se levantó viento y unas nubes pesadas cobraron velocidad. Por un breve instante la luna quedó a la vista. A través de las hendeduras herrumbrosas se oía un débil aullido. Unas gotas ligeras y efímeras se estrellaron contra el suelo del autobús. Caía una leve llovizna, no había peligro alguno. Pero de todos modos, Vanka se encaramó por el asiento y puso el paraguas en la escotilla para que quedara cerrada. Así estarían más seguros. Aún no sabía si al día siguiente podría reanudar el viaje. Y además, ¿adónde iría?

- —¿Adónde quieres ir? —le preguntó al viejo. —A Moscú... tengo cosas que hacer allí.
 - —¿Y qué es? ¿También es una ciudad, igual que Khabar?
- —Cómo puedes comparar Moscú con Khabarovsk... la vi de lejos. Es una ciudad fantasma. Echaron armas bacteriológicas. Las infraestructuras se conservan. ¡Cabrones! La cuarentena empieza a diez kilómetros de la ciudad. Lo hicieron en serio... aquello corroe hasta los trajes de protección química... pasé allí una semana, no pude verlo todo. Es la única ciudad que quedó intacta después de la guerra. Igual que antes. Subí a un cerro, a once kilómetros del primer barrio, y observé, observé durante horas. Había pasado mucho tiempo

desde la Última vez que había visto una ciudad. Las echaba de menos. De Vladivostok no quedó nada, la ola se lo llevó todo por delante en cuestión de tres minutos,

Se oyó un leve crujido afuera. Se sintió un roce contra la cubierta metálica del autobús. Serafim Antonovich se levantó, miró por la ventana llena de polvo y abrió la puerta. En un primer momento el perro lobero puso las patas sobre el escalón, sacó su gran cabeza gris, olisqueó y se puso a gruñir, molesto, pero luego volvió adentro, lamió la palma de su dueño y se quedó junto a su pierna. Miró de reojo a Vanka, de abajo arriba, desconfiado, luego empezaron a cerrársele los ojos y se quedó dormido. Acto seguido se durmió el propio Vanka. El viejo agachó la cabeza en silencio, observó al chico que dormía, miró al perro y apagó la lámpara.

Vanka soñó con el río de Matveevka, con el columpio que los chavales de allí utilizaban para arrojarse al agua transparente y verdosa como esquirlas de botella. Cuando ya habían saltado todos, el propio Vanka se acercaba al árbol, se agarraba a la cuerda, pero se veía a una altura mucho más grande de lo que había esperado. El río, que era bastante ancho, se transformaba en un riachuelo estrecho y mucho más lejano, y Vanka, que ya había separado las piernas del tronco, no se decidía a soltar la cuerda y dejarse caer.

Luego la mano le resbalaba, se soltaba, se le cortaba la respiración y se caía al agua, y el agua salpicaba en todas las direcciones.

Estaba echado bajo la escotilla. El viento se había llevado el paraguas y la lluvia le caía en la cara con indolencia. Amanecía. Vanka se subió al respaldo del asiento y trepó con las manos hasta el techo para buscar el paraguas. Pero lo olvidó de inmediato y se sentó, sobrecogido por aquel espectáculo terrible y cautivador, sin poder creer lo que veían sus Ojos mirando hacia el frente desde el techo del autobús...

La niebla nocturna se disipaba paulatinamente. Detrás de ella emergía sin prisas el sol. El horizonte se tiñó de un color gris claro. El trecho siguiente del Camino, el que tendría que recorrer aquel mismo día, se veía mucho mejor.

Unos cincuenta metros más adelante, en el mismo Camino, había otro autobús casi igual. Detrás otro, y luego otro, diez, veinte, doscientos... Vanka no habría podido contarlos hasta el final. Coches oxidados, camiones, autobuses de pasajeros de todos los tamaños en todos los carriles del Camino, apretujados hasta los márgenes, cual columna infinita que se adentrara en las brumas del amanecer, y Vanka dedujo que cuando hubiera amanecido del todo y las brumas se disiparan la columna se volvería aún más larga, que tal vez llegaría hasta la línea del horizonte... hasta el punto donde algo la hubiera detenido. Para siempre.

El autobús en el que habían pasado la noche era el último, el último eslabón en una gigantesca armada de vehículos que décadas atrás había marchado hacia el oeste por el Camino.

Cientos, miles de automóviles vacíos, grandes, de contornos bellos y suaves, que debían de haber sido increíblemente caros, mezclados con unas latas angulosas provistas de ruedas en las que habían viajado los pobres. Algunos de los vehículos tenían las puertas abiertas. Los conductores habían cerrado cuidadosamente muchos otros. Debían de haber albergado la esperanza de volver a sentarse al volante, encender el motor y reanudar el viaje, y tal vez llegar a casa cuando todo terminara.

¿Adónde habrían ido al desaparecer? ¿Se habían decidido a continuar a pie para alejarse todo lo posible del peligro desconocido que los perseguía, sin detenerse, como si alguien los hubiera fustigado por detrás? Se habían esfumado... y las carcasas herrumbrosas de sus coches eran el único recuerdo que había quedado de sus dueños, y durarían cien años, trescientos años, hasta

que la lluvia ácida se los hubiera comido del todo, y desaparecieran igual que el recuerdo de las personas a las que habían pertenecido.

—Eso que ves ahí es la columna de evacuación. —Oyó la voz de Serafim Antonovich que le hablaba desde abajo—. Se adentraron en el territorio, lejos de las fronteras. Probablemente se dirigían a Chitá... no llegaron.

Vanka descendió del techo. El viejo estaba de pie, con un cigarrillo humeante en la mano, y al lado estaba sentado su perro. Junto a la puerta del autobús yacía un lobo muerto, degollado.

—Es probable que muchos familiares nuestros también estuvieran aquí. — Dio una profunda calada y le vino un acceso de tos que hizo que le salieran bocanadas de humo azulado de entre los labios—. Más cerca de la cabecera de la columna. Avisaron antes a las familias de los militares. Pero ¿qué ocurrió? ¿Atacaron deliberadamente a los civiles?

Se puso en pie, sacudió la capa y la plegó. Luego recogió la mochila, cargó al hombro el extraño fusil, miró al muchacho de arriba abajo por la escotilla y le dijo:

- —Bueno, Iván, yo ya me marcho. Lo mejor será que vuelvas a tu casa, En el oeste no se te ha perdido nada.
- —Llévame contigo, ¿vale? —rogó Vanka, y él mismo se sorprendió—. NO quiero regresar al pueblo. Y aunque quisiera, se me comerían los lobos y todo habría terminado. Será mejor que siga contigo. Sé cazar...
- —Hum, mira... —respondió el viejo con desenfado— Juntos iremos más lentos, eso está claro, pero también será más divertido. Hace un mes que me marché de Vladivostok y esto ha sido aburrido... te llevaré de paquete. Recoge tus cosas.

TERCERA PARTE.

Serafim Antonovich tuvo que hacer algunos equilibrios para acostumbrarse a la nueva carga, pero luego dio a los pedales y la bicicleta avanzó con un chirrido lastimero.

Pedaleaba junto al margen trazando eses entre los coches abandonados, uno, otro, un tercero. El perro lobero corría junto a la bicicleta con sus orejas triangulares gachas. Empezó a llover de nuevo y Vanka abrió el paraguas.

Autobuses, camiones, vehículos más pequeños... todos estaban vacíos. Algunos habían sufrido saqueo, pero a la mayoría no se había acercado nadie. A través de los cristales sucios que seguían intactos se veían objetos abandonados en la huida: juguetes, libros, bolsos. De pronto, al descubrir todo aquello, Vanka se sintió preso de una melancolía indescriptible' como si sus propios seres queridos también hubieran huido a ninguna parte en aquella caravana de la muerte.

—Esto no es un simple camino —le explicó Serafim Antonovich en voz baja—. Lo construyeron hará medio siglo... y luego se les acabó el dinero y lo dejaron correr. Porque el petróleo se encareció y entonces tuvieron que frenar... lo olvidaron, y luego, cuando se acordaron, se enorgullecieron de él. Seis carriles, tecnología avanzada, una ruta hacia el futuro, una nueva versión de la antigua Línea Férrea Baikal-Amur... sólo se hablaba de eso. ¡Qué proyecto! ¡Una autopista de seis carriles que tenía que atravesar el país entero! El presidente en persona vino a la inauguración con toda la fanfarria...

¿Y adónde va?

—A Chitá, luego a Ulán-Udé, a Irkutsk, después a Novosibirsk, a los Urales, a Ekaterimburgo, y finalmente llega a Moscú, Atraviesa toda Rusia hasta la

capital. Yo también me he decidido a seguirlo, ahora que soy viejo. Ya no tengo nada que hacer en casa, me he decidido a ver por fin mi país. —El viejo miró a Vanka y esbozó una sonrisa torcida. —¿Vienes de muy lejos?

- —Mi gente vive a unos ciento cincuenta kilómetros de Vladivostok. Unos meses después de que terminara la guerra salieron definitivamente a la superficie... se instalaron en las poblaciones de pescadores cercanas que habían quedado desiertas y aún vivimos allí.
 - —¿Salieron a la superficie? ¿Desde dónde? —preguntó el confuso Vanka.
- —No lo vas a entender... y aunque lo entendieras, no te lo creerías. Cuando empezó la guerra, yo trabajaba en un submarino. Estábamos de maniobras. Los submarinos nucleares eran indetectables mientras estuvieran parados. Podríamos irnos al fondo y pasar siete meses sin problemas, disponíamos de provisiones suficientes, agua potable y aire que extraíamos del agua del mar. El submarino era como una pequeña ciudad. Más grande que vuestra Semionovka. Transportábamos misiles con cabezas de combate nucleares. Habría bastado con un solo submarino para borrar del mapa una cuarta parte de China, si hubiéramos apuntado bien. La tripulación constaba de más de cien personas escogidas una a una. No todo el mundo es capaz de pasarse medio año dentro de un sepulcro de acero en el fondo del océano. El mando...
- —Entonces, ¿participaste en la guerra? —Vanka no daba crédito a sus Oídos. Ni en Semionovka ni en Matveevka había sobrevivido ningún veterano. Por eso las historias que circulaban sobre la guerra estaban tergiversadas. Quienes las contaban no la habían vivido.
- —Es algo extraño. Como si hubiera participado y, a la vez, como si no. En pocas palabras: cuando recibimos la orden, estábamos en el océano Índico... cómo podría explicártelo... lejos del objetivo. Nos pusimos en ruta al instante, nos acercamos a la costa de destino... —Se sonrió—. Para arrojar contra ella

todo nuestro arsenal. Y cuando llegamos, el mundo ya había desaparecido. No habíamos contado con eso, por supuesto. Habíamos pensado que sería un conflicto como los que se cuentan en los libros, que se desarrollaría poco a poco, que todas las unidades tendrían tiempo para llegar a su posición... nadie esperaba semejante escalada. Al cuarto día se cortó la conexión con Moscú, al quinto con Vladivostok. Una orden es una orden, pero ya no había nada que funcionara: la guardia costera, la defensa antimisiles... no quedaba nadie que colaborara con nosotros. Los misiles salían disparados, llegaban a la superficie, luego se disparaban otros. La situación estaba clara: ni China, ni la India, ni Japón, ni Australia. No quedaba nada. Por no hablar de Rusia, o de Estados Unidos... los países con mayor densidad de población lo tuvieron peor. Al principio, Europa sufrió sobre todo los ataques con bombas de neutrones, bacteriológicas, químicas... para qué destruir, si podían apoderarse de ella... hacerse con lo que quedara. Hasta que se hizo evidente que la guerra era un suicidio colectivo y a todo el mundo le dio igual marcharse al infierno... llegó un momento en el que ya nadie contaba con nada. Se disparaba contra las ciudades, contra las rutas por las que la gente trataba de salvarse, por donde intentaba huir de los bombardeos... como esta misma ruta por la que vamos.

- —¿Y por qué no os encontraron? ¿No sabían buscar bajo el agua?
- —Ya te he dicho que era muy difícil encontrarnos si parábamos los motores... pero es que además, la guerra terminó antes de que llegáramos a nuestra posición propiamente dicha. Por si acaso, nos quedamos en el fondo y esperamos un par de semanas más. No nos habían dado instrucciones sobre lo que teníamos que hacer en caso de exterminio de la humanidad. Ni siquiera quedaba un enemigo ante el que pudiéramos rendirnos. El operador de radio se pasó dos semanas buscando retransmisiones, casi sin dormir, pero todas las ciudades importantes guardaban silencio. Moscú callaba, San Petersburgo

callaba. Para entonces, Vladivostok ya no existía. Quedaban algunas guarniciones en lugares remotos que aún respondían, pero luego perdimos la conexión. La mayoría de los submarinos también habían quedado en silencio. Los que se encontraban cerca de la costa de Estados Unidos, o en el Golfo, o junto a China aún combatían. Salían a la superficie, disparaban, identificaban su posición, y ya está. Pero al menos ellos sabían a qué atenerse. Nosotros sólo tuvimos suerte de contactar con los tripulantes de dos o tres embarcaci0nes distintas. En cierta ocasión, cuando ya estaba claro que la guerra había terminado, logramos contactar con otro de nuestros navíos. Su puerto de matrícula era Arkhangelsk. Habían ido a no sé qué isla... a las Seychelles, las Maldivas... a un paraíso turístico. Decían que ya todo daba igual, que de todos modos no tenían un sitio a donde regresar. Nosotros también pensamos en marcharnos a una isla remota y desierta en el océano Pacífico, por si allí quedaba algo. Pero al final pensamos que no se nos había perdido nada en el archipiélago indonesio. Muchos de nuestros oficiales provenían de Vladivostok, la mayor parte de los marineros también eran de ciudades del este. Y nos decidimos. Optamos por esperar un tiempo y luego tratar de volver a casa.

—¿Y quedaba algún enemigo? ¿Estadounidenses? —Vanka soltó lo primero que le había pasado por la cabeza.

—No tengo ni idea de cómo está su continente. Si disponían de algún tipo de refugio, debió de haber supervivientes, por lo menos al principio. Pero para saber lo que ocurre en tierra firme deberías preguntárselo a alguien que trabajara en la agencia estratégica de misiles, o en el Estado Mayor, si es que alguien quedó con vida. Por lo que respecta al mar, sí puedo explicártelo. Unos tres meses después del fin del mundo nos encontramos con algo. Pasamos cerca del antiguo Japón... había quedado sepultado bajo el agua. Hokkaido, Honshu...

creo que los chinos provocaron la explosión de una carga termonuclear a un kilómetro de profundidad. Fue una buena idea: les bastó con sacrificar una sola embarcación para transformar Japón en la Atlántida. Que las futuras civilizaciones los busquen en nuestros mapas... luego la ola arrasó Vladivostok. Así fue la cosa. Navegábamos por encima de Tokyo... encontramos algo grande. Nuestros sistemas no iban muy bien, habían tenido que repararlos antes de salir al mar. Durante los tres primeros meses habían funcionado, pero luego empezaron los problemas. Por eso al principio no entendimos con qué habíamos topado. Hasta que nos acercamos. En ese momento estaba en la cabina, lo vi todo. Jamás en la vida olvidaré aquel día... debajo de nosotros había una megalópolis sumergida. Estaba arrasada en su mayor parte, pero quedaban en pie casas enteras, incluso rascacielos. En Japón los terremotos eran frecuentes, y por eso construían edificios tan robustos que aguantaron incluso el Apocalipsis. Vimos en el radar un objeto de grandes dimensiones, tenía que hallarse enfrente de nosotros, pero en los ojos de buey y en los monitores no aparecía nada, el agua aún estaba turbia y alrededor sólo se veían los contornos de los rascacielos. Seguro que había sido un barrio de negocios, antes de que los negocios se hundieran. Llegamos a la conclusión de que debía de ser un edificio que se había derrumbado... entonces el capitán me dio un codazo en el pecho y trató de agarrar el teléfono... de aquel edificio abierto como un libro emergía poco a poco un gigantesco cigarro negro... los faros iluminaron el morro y la cabina... tenía una forma característica... un Trident estadounidense en toda su gloria. Me puse a sudar. Nos veían, y nosotros los velamos a ellos, pero estábamos en un ángulo en el que no podíamos dispararnos misiles, teníamos que girar. El capitán se había puesto el auricular en el oído, se disponía a dar órdenes, pero vio que los estadounidenses no actuaban. Tal vez se les hubieran terminado las municiones, pero creo que en ese momento algo se rompió tanto en ellos como en nosotros. Entendimos una cosa. Habíamos sido enemigos acérrimos. Tal vez los misiles que destruyeron Petersburgo, Rostov, incluso Moscú, hubieran salido de aquel submarino, y nosotros habíamos reducido California a cenizas. Pero todo eso ya formaba parte del pasado. La guerra había terminado. Todos nosotros habíamos cumplido las órdenes y por eso mismo nuestro mundo había dejado de existir. Por eso mismo, ni ellos ni nosotros teníamos un sitio a donde regresar, y tres meses después del final del conflicto bélico todos nosotros navegábamos sin rumbo por el océano, como perros que han perdido a su dueño. Como ya nadie nos daba órdenes, tampoco estábamos obligados a enzarzarnos en una última refriega. Ni ellos ni nosotros necesitábamos una pequeña victoria sin sentido en una guerra que todos nosotros habíamos perdido. La radio enmudeció. Todo quedó claro sin necesidad de decir ni una sola palabra. En la cabina también se hizo el silencio. Probablemente el grito de las ballenas se oía a mil kilómetros de distancia. El Trident pasó cinco, diez, quince minutos frente a nosotros en las aguas turbias, en el centro de Tokyo, y desde abajo nos contemplaban veinte millones de cadáveres japoneses, con ojos desorbitados como peces, esperándonos. Al cabo de veinte minutos el Trident nos hizo una señal con los faros y se marchó despacio. Nos imaginamos que habían querido saludarnos...

Serafim Antonovich se quedó en silencio, pero Vanka no se atrevió a preguntarle nada, porque tuvo la sensación de que quería contar algo más.

—A veces imagino que ese Trident se marchó a las Seychelles, o a las Maldivas, o a donde fueran los de Arkhangelsk... o quizás el último submarino chino, porque sus tripulantes también lo habían entendido. Y que una vez allí, en las Seychelles, todos podrían salir a la superficie sin temor, reunirse en la orilla y cerrar las escotillas de los submarinos para siempre. Porque la guerra había terminado de verdad, y todos ellos —asesinos despiadados, verdugos

obedientes que habían cumplido su deber en la guerra— ya no tendrían que provocar más destrucción ni más muerte. Se merecían reposo. Podrían olvidar y perdonarse, y vivirían juntos en el pequeño paraíso tropical, dormirían en playas de arena blanca y amarían a isleñas de piel bronceada, aunque no pudieran sustituir de verdad a las mujeres que habían ido a parar al infierno...

Una lluvia fresca empezó a caer del cielo plomizo. Las gotas de agua tamborileaban, meditabundas, sobre la piel del paraguas, las ruedas de la bicicleta soltaban un quejido melancólico, y aún no se veía ni un final ni un límite en la columna de vehículos abandonados.

—Pero lo de ir a Moscú no se te ha ocurrido así como así, ¿verdad? — preguntó Vanka, al tiempo que cortaba con el cuchillo uno de los muslos de un pájaro asado que él mismo había cazado con el arco.

—He pensado en ello durante los últimos veinte años. Durante todo este tiempo he vivido en nuestra aldea y he soñado con dejarlo todo para marcharme un día a Moscú. Mi mujer no me dejaba. Era mi segunda mujer, con la que empecé después de la guerra, después de ver lo de Vladivostok. Murió... ya nada me retenía en la aldea. No tuvimos hijos, seguramente por culpa de la radiación. Algo fallaba en ella, o en mí. ¿Para qué voy a Moscú? A ver si te lo puedo explicar... en pocas palabras: no puedo creer, no quiero creer y no creo que todo lo que ha quedado de nuestro país sean veinte o treinta pueblos primitivos a lo largo de este Camino. Tengo que comprobar en persona que no queda nada más, ni Irkutsk, ni Novosibirsk, ni las ciudades de los Urales... pero lo más importante es que no puede ser que toda Moscú muriera. Había refugios antiaéreos, antinucleares, y defensa antimisiles, y búnkeres del Gobierno, y almacenes con provisiones para décadas, y centros de defensa civil con recursos contra la radiación... ¡estábamos preparados para esta guerra desde los años

cincuenta del siglo pasado! Es imposible, increíble, que nos pillara por sorpresa, que lo aniquilara todo.

—Pues nosotros no nos marchamos a ningún sitio —repuso Vanka con orgullo—. ¡Aún no has visto Semionovka! ¡Tendrías que ver lo alta que es la empalizada! Algunos veranos recogemos dos cosechas y guardamos comida suficiente para todo el invierno.

—¿Ya has visto salvajes? —preguntó Serafim Antonovich, como si no le hubiera oído.

—Sí...

—Los matasteis como a animales... y no son animales. Son personas como tú y como yo. Sólo les falta algo: civilización. No tienen lengua, ¿entiendes? Cultura, recuerdos... la experiencia de las generaciones anteriores. Y a lo largo del Camino he visto que la gente está olvidando... lo están olvidando todo. En algunos lugares todavía escuchan a los ancianos, pero ellos mismos se confunden y hay quien ya no sabe nada. Los habitantes de cada uno de los pueblos creen en su propio dios. Nadie sabe de la guerra, ni de lo que ocurrió. Les empiezas a contar y te replican que qué les importa a ellos, que todo eso ha pasado. No hay electricidad en ningún lugar, ¡pero qué es la electricidad! No saben trabajar el hierro. ¿Para qué? Olvidas durante un siglo y tienes que volver a aprender durante un millón de años. Sólo he encontrado tres pueblos en los que supieran leer. Cinco en los que eran capaces de contar hasta cien. Nadie necesita nada. Olvidarán, lo olvidarán todo. Dentro de un par de generaciones habremos regresado a la Edad Media. Y de ahí a la Edad de Piedra tan sólo habrá un paso. Pero Moscú... todas las esperanzas están puestas en Moscú. ¿Dónde puede existir la civilización, si no allí? Antes de irme a dónde está mi mujer, quiero tener claro si renaceremos o no, Creo que en Moscú quedará gente. Científicos, militares, artistas, ingenieros, profesores, gobernantes, en definitiva... no te imaginas cómo es esa ciudad... Moscú. He ido tres veces. Primero en una excursión con la escuela, luego estuve allí con el ejército, y por fin con mi primera esposa, de luna de miel. Es enorme, deslumbrante, opulenta... la Plaza Roja es única, y también las bellas construcciones estalinistas, y el distrito financiero de Moscú... cuánta gente! ¿Todo eso ha desaparecido? No me lo puedo creer...

—Puede que cultiven verdura todo el año... —Vanka trataba de imaginarse todo aquel esplendor.

—Qué importan las verduras —repuso el viejo—. Ahí están todos los conocimientos acumulados, tiene que quedar gente que siga transmitiéndolos, para que no se vuelvan todos unos salvajes, para que no se conviertan en neandertales. ¡Tiene que quedar algún Gobierno! Los míos me dijeron: si hubiera ministros, un presidente, habrían enviado a alguien a las regiones del este para restablecer la autoridad del Gobierno central. Pero a mí me parece que no iría nadie. Qué sentido tendría? Antes de la guerra, apenas si había nada más allá de los Urales, y todavía menos ahora. Territorios desiertos, taiga, ciénegas...

No tocó el ave que Vanka le ofrecía con orgullo. En su agitación, contempló cómo se disipaba el aromático vapor que se desprendía de los apetitosos huesecillos carnosos que se enfriaban.

—Si nuestro país estuviera destinado a renacer, todo empezaría en Moscú. Y si queda un Gobierno, habrá que contarle lo que ocurre en el este. —Los ojos del viejo parecían de carbón. Vanka empezó a comprender de dónde salían tanta fuerza y voluntad, tan impropias de sus años.

Se habían sentado en la zona de carga de un camión militar, bajo un techo de lona raído que se sostenía sobre un armazón de acero y los protegía de la lluvia torrencial. Las ruedas delanteras estaban giradas hacia un lado. Probablemente, el conductor había querido salir del atasco, y entonces se había dado cuenta de

que tenía decenas de coches detrás y no podría regresar. Visto desde lejos, aquel camión «Ural», cubierto de pintura verde oscura que ya se desconchaba, habría podido parecer el cadáver del monstruo del hambre, con la panza vacía y costillas prominentes.

Una bruma lechosa cubría las ciénagas. Junto con el sol, llegó el calor. De las grietas del asfalto brotaba aire húmedo. Muy al norte, en el corazón de los lodazales, se oía un rugido poderoso multiplicado por un eco brutal, que hizo que de pronto las ranas empezaran a croar como enloquecidas. Vanka sintió un escalofrío, el viejo aguzó el oído con inquietud, y miró afuera. El perro lobero estaba echado en el suelo, con las orejas gachas, y aguardaba en silencio.

—Hoy no iremos más allá —decidió Serafim Antonovich, al tiempo que metía adentro la bicicleta—. Aquí hay algo raro. El perro está extraño. Mejor que no nos arriesguemos...

Encendió la mecha de la lámpara y la colgó de un alambre sujeto en el armazón de acero de la carrocería. La lluvia tenía una ventaja peculiar: los inoportunos mosquitos se quedaban en el suelo y podían encender la lámpara sin peligro de que atrajera a millares de molestos insectos.

El viejo lió un cigarrillo, le dio una calada y empezó a cavilar. Pero a Vanka le resultaba insoportable tener que estar sentado en silencio en una penumbra cada vez más densa.

- —¿Y adónde terminó por ir vuestra embarcación? —preguntó.
- —A Vladivostok, a su puerto de matriculación. Por supuesto que no encontramos el puerto ni la ciudad. El océano lo había engullido todo. Como el castillo de arena de un niño. Los niveles de radiación eran tales que no nos atrevimos a pasar más de media hora en la superficie. Volvimos a sumergirnos y nos alejamos unos ciento cincuenta kilómetros. Encontramos una buena ensenada, resguardada, con un pueblo de pescadores. No entendimos qué había

ocurrido con sus habitantes, pero todos ellos habían desaparecido. Al principio temimos que se hubieran empleado armas bacteriológicas en toda la costa, porque no había ni un alma. Pero no, pasó una semana y nadie se puso enfermo. Luego supimos que muchos habían huido hacia el interior del continente porque temían el desembarco enemigo. Atracamos con el submarino y arreglamos el pueblo. Los dosímetros también saltaban allí, pero no como en Vladivostok. Y de todos modos no habríamos podido quedarnos para siempre en el fondo del mar... tuvimos la suerte de que la guerra nos había pillado al inicio de las maniobras. Nos quedaba combustible para más de medio año y nos pasamos cuatro meses sin navegar. Sujetamos la embarcación a la orilla con cables. Logramos producir electricidad. Hasta ahora hemos tenido luz en casi todas las casas, y además cocinas eléctricas, secadores... los buscamos por toda la costa. Igual que las mujeres... ya se entiende que es peligroso, se trata de un reactor sin supervisión técnica, los encargados del mantenimiento son nuestros ingenieros... ahora nuestros hijos están aprendiendo. ¡Eso sí que es un pueblo! ¡Vuestra Semionovka no es más que un área fortificada! De verdad, he visto muchas cosas a lo largo de estos veinte años. Al principio, nada, todos los animales se habían extinguido, pero al cabo de cinco, seis...; Cómo renació todo! Especialmente en el mar. Por ejemplo, una vez...

El perro levantó las orejas, se incorporó de un salto y se puso a rugir. El viejo se apresuró a apagar la lámpara y sacó de la mochila un objeto parecido a unos prismáticos. Vanka, admirado, entendió que le permitía ver en la oscuridad. Entonces el viejo comprobó que el arma estuviera a punto, apagó el cigarrillo y le hizo un gesto al niño para que se echase en el suelo.

—Salvajes —susurró—. ¿De Birobidzhan? Deben de habernos seguido. Se han preparado para la caza. ¿Por qué se lo hemos puesto tan fácil?

Aunque los del pueblo hubieran logrado triunfar sobre los salvajes, tanto en Semionovka como en Matveevka todo el mundo sabía que en buena parte se había debido a la suerte. Nadie sabía cuál habría sido el resultado del combate si no hubieran pillado por sorpresa a los caníbales y los hubieran atacado cuando casi todos dormían. Pese a estar en minoría, los salvajes peleaban con desesperación, poseían una fuerza sobrehumana y tenían una percepción del bosque mejor que los cazadores de la zona. Vanka no estaba seguro de que los salvajes fueran seres humanos ordinarios, como afirmaba Serafim Antonovich. ¿Qué clase de ser humano puede trepar en tan sólo tres segundos a la cima de un roble centenario? ¿O matar a un soldado experimentado atravesándolo con una rama rota? En el pueblo les tenían miedo, un miedo atroz, como si hubieran sido espíritus del bosque, o demonios del mal. Los habían exterminad0 con tanta crueldad, a ellos y a sus crías, porque querían deshacerse de ellos de una vez por todas, como de una pesadilla. Y allí estaban, a menos de una semana a pie desde el pueblo. ¿Acaso el Camino era su territorio? No era por eso por lo que desaparecían todos los viajeros que giraban a la izquierda, hacia occidente?

—Quince... dieciocho... veintitrés —calculó el viejo con un susurro—. Bueno, muchacho, si salimos enteros de esta, será un milagro de Dios. El Kalashnikov conserva tres cargadores, pero tendré que disparar más de la mitad durante la noche. Esto no es como disparar a lobos terribles como los de una caseta de tiro. Qué listos... están tomando posiciones. Nos rodean.

Vanka había encontrado una de las cabezas degolladas junto a la entrada del pueblo, al salir con un amigo. Se habían levantado temprano y habían ido al río a pescar, aunque sus padres les hubieran prohibido ir a Matveevka si no les acompañaba un adulto. No lograron despertar a los vigilantes que dormían en la torre y se colaron, impacientes, por entre los batientes mal cerrados de la puerta, y regresaron en seguida, temblorosos, empapados en sudor frío.

Tamara Sergeyevna tenía una cabra flaca y arisca, prácticamente no le daba leche, tan sólo dolores de cabeza. Trataba y huir una y otra vez. Aun así, la pobre anciana, que apenas si tenía para ir tirando, no negaba la leche grasienta y deliciosa de cabra a los niños del pueblo. Cuando era más pequeño, Vanka la había visitado a menudo. La anciana le daba medio vaso de leche y una palmadita en su coronilla de cabellos claros. Por eso Vanka la reconoció en seguida, aunque la cabeza estuviera horriblemente desfigurada. El día anterior, la cabra había escapado de nuevo y la vieja había salido después del anochecer a buscarla por los alrededores del pueblo. Era su único patrimonio...

Un dardo pasó silbando y se clavó en la parte de atrás de la carrocería. Saltaron astillas. Serafim Antonovich murmuró una maldición ininteligible y sujetó al perro contra el suelo para que no saltara del vehículo, y luego se apostó con el arma y el asombroso dispositivo y empezó a disparar. Vanka, ensordecido por el estruendo, terminó por acobardarse y retrocedió hasta el fondo de la carrocería. Un grito angustiado quebró el eco del disparo que resonaba por los cenagales. El viejo apuntó y disparó una ráfaga breve, pero en esta ocasión no acertó.

Un peso cayó sobre la capota y armó estruendo por el techo de la cabina. — ¡Están arriba! —gritó Vanka, y vio con pavor que un cuchillo rasgaba la lona. Ya era demasiado tarde. Una cabeza desgreñada se coló por el agujero y al cabo de tan sólo un instante un cuerpo fibroso y encorvado se coló en la carrocería. El muchacho sintió un olor fuerte y desagradable en la nariz. El perro lobero rugió un instante y se abalanzó sobre él, cerró los dientes sobre la mano que sujetaba el cuchillo, luego se arrojó contra el cuello y se ensució con la sangre que salía a borbotones.

Pero era una batalla perdida. Serafim Antonovich tuvo tiempo de disparar unas cuantas veces más, pero el arma se encasquilló, y entonces el viejo gritó

una maldición y la arrojó a un lado, y sacó un cuchillo de hoja ancha. Varios dardos perforaron la lona y entraron. Uno de ellos pasó a tres dedos de la cabeza de Vanka. El muchacho se estremeció y entornó los ojos. Morir con los ojos cerrados no sería tan horrible...

Entonces el camión empezó a temblar como en plena agonía, y los caníbales entraban por el techo como insectos, y el vehículo estuvo a punto de volcarse y quedar de costado. En el exterior se oyó un fuerte chapoteo, luego el crujido y el estruendo de los coches que los salvajes apartaban del Camino, y por fin un bramido monstruoso, inconcebible, que hizo que Vanka se cubriera los oídos, y quedara acalorado y se le mojaran los pantalones de puro miedo.

Logró sobreponerse, se incorporó y gateó hasta el fondo, desde donde Serafim Antonovich observaba pasmado, a través de la lona hecha jirones, lo que se acercaba al Camino. Desde la ciénaga más cercana, por la que hora y media antes Vanka había cazado patos, emergía a la luz de la luna un cuerpo enorme lleno de agua, con diez tentáculos que parecían látigos. La bestia apartó los vehículos oxidados con aquellos tentáculos, salió al centro de la carretera y buscó a su alrededor con los apéndices. Atrapaba a los salvajes y se los metía en una boca invisible. Estos se retorcían y desgañitaban de miedo.

Los que seguían con vida se echaron a correr hacia el este, pero los tentáculos les cortaron el paso, apilaron coches, atraparon a los que se escondían debajo de los camiones, abrieron como latas de conserva los automóviles pequeños en los que otros trataban de ocultarse, se arrastraron detrás de los que corrían, y Vanka llegó a sentir esperanza, porque poco a poco se alejaban de su «Ural».

La infernal cacería no duró más de quince minutos. Una vez se hubo saciado, el monstruo regresó al margen, buscó a tientas la ciénaga más cercana y se hundió en ella. El agua salpicó en todas las direcciones. Uno de los látigos aún se hallaba en el Camino. La criatura arrancó de los juncos un cuerpo humano

acurrucado, lo golpeó contra el asfalto y se 10 llevó al fango. Se oyó un último bramido.

Serafim Antonovich estaba sentado. Apretaba la mano contra el corazón y respiraba con dificultad. El perro, con las orejas gachas, se acercó a rastras y le lamió la palma de la otra mano. Vanka se limpió la saliva que le resbalaba por la barbilla y se palpó los pantalones. Pasaron por lo menos cinco minutos hasta que logró pronunciar las primeras palabras.

CUARTA PARTE.

- —¿Esa cosa no va a volver?
- —¿A mí me lo preguntas? Es la primera vez que veo a esa bestia en sesenta años de vida. Tanto si vuelve como si no, hoy no puedo seguir adelante. Siento molestias en el corazón...

El viejo tomó aire, se incorporó y miró fuera del coche.

- —Parece que ya no quedan peludos. O se los ha zampado a todos, o una parte ha logrado escapar. Si te soy sincero, había llegado a pensar que esto sería el fin. Los caminos del Señor son inescrutables. —Se apoyó en el costado de la zona de carga, exhausto.
- —¿Tienes sesenta años? —Vanka sabía contar hasta cien. Su madre le había enseñado. Y le sorprendía que aquel hombre fuera mucho mayor que los dos ancianos de su pueblo.
- —¿Qué? ¿Te parezco viejo? —Tragó saliva con dificultad y esbozó una sonrisa torcida—. Antes vivían hasta los ochenta, y en mi familia hasta los noventa. Hasta ahora, no sé cómo, he podido con todo. Pero me doy cuenta de

que se acerca mi final. Éste ya no bombea igual que antes. —Se dio un golpe en el pecho—. ¿Sabrás montar en la bicicleta? No quiero que quede abandonada en el Camino... y además tendré que enseñarte a utilizar el mapa, por si acaso.

Vanka no dijo nada, si bien entendía a la perfección a dónde quería llegar el viejo. Al principio lo había seguido, no porque se muriera de ganas de ver aquel Moscú tan maravilloso, sino porque le daba verdadero pavor quedarse solo en el Camino después de todo lo que había visto y vivido. Además, con Serafim Antonovich no se aburría. El viejo le llenaba la cabeza a Vanka con todo tipo de fantasías y no dejaba espacio para cavilaciones sobre el futuro próximo, ni sobre la inminencia —si era sincero consigo mismo— de su retorno al pueblo. Sin embargo, cuanto más habían avanzado, cuanto más se había levantado el velo de misterio que hasta entonces había cubierto aquel mundo enorme, así como el destino de los que le habían precedido décadas antes, menos se acordaba Vanka de su hogar y más se adentraba en los sueños de Serafim Antonovich. De todos modos, era demasiado pronto como para tomar una decisión irreversible.

Aunque me muera, merece la pena —balbucía el viejo—. Durante veinte años, no he parado de pensar en ello. Ahora no volveré atrás. ¡Tengo que llegar! Por lo menos tengo que ver... bueno, saquémoslo de la puerta, muchacho. — Señaló con la cabeza el cuerpo de un salvaje que el perro había matado, y que se había quedado en el extremo del vehículo—. Y luego, a dormir.

Al cabo de tan sólo unos minutos ya dormía con total tranquilidad y Vanka aún se pasó mucho rato sentado, escuchando en la noche, estremecido, esforzándose por olvidar la imagen del monstruo de la ciénaga, que se movía con avidez por el Camino con sus tentáculos en busca de víctimas. Cuando despertó, Serafim Antonovich ya se había levantado y preparaba el desayuno silbando con alegría. El viejo no parecía sentir más molestias en el corazón, ni

aquel miedo a una muerte inminente que lo había empujado a buscar sucesor. No obstante, Vanka se llevó una alegría, porque el viejo no pensaba faltar a su promesa de enseñarle a montar en bicicleta. Las nubes se abrieron y volvió a brillar el sol. En sus rayos, en el soplo de viento fresco que llegaba hasta la ciénaga desde algún paraje luminoso y abierto, Vanka reconoció la promesa de algo mejor al final de una noche de pesadilla. Todo lo que había presenciado el día anterior le pareció entonces imposible, un mal sueño.

Al cabo de media hora de torpes intentos de andar con la bicicleta vieja y rechinante, aprendió a sostenerse en equilibrio, y se puso a dar vueltas con entusiasmo alrededor del viejo que no paraba de reír. Había redescubierto la alegría del movimiento, como un cachorro que hace poco que se tiene sobre las patas y pone a prueba sus fuerzas.

Paulatinamente, el paisaje cambió. Las ciénagas estaban cada vez más secas y alejadas de la carretera, pinos enanos se asomaban con timidez desde los montículos e insinuaban un suelo firme, sólido. Lo único que no cambiaba era el Camino, abarrotado con miles, decenas de miles de vehículos.

- —Pero ¿dónde se metió toda la gente? —preguntó Vanka por enésima vez— ¿Y por qué se pararon?
- —Yo pensaba que la columna habría sufrido el ataque cerca del c0mienzo. Pero el dosímetro no dice nada... lo más probable es que salieran de los coches y continuaran a pie. No tengo ni idea de lo que les ocurrió' Tuvo que haber una evacuación. Se realizó durante los primeros días de la guerra. A nosotros no nos dijeron nada... de todos modos, lo sabremos dentro de poco. Esta columna no será infinita.
- —¿Y por qué vas tú solo a Moscú? ¿No había nadie más en tu pueblo que quisiera ir?

—Nadie más pensaba que fuera posible encontrar algo —respondió Serafim Antonovich con desgana—. Todos están plenamente satisfechos con la vida que llevamos... van tirando. En realidad, es mucho mejor que todo lo que he visto por el Camino. Y probablemente que todo lo que me queda por ver. Pero ¿durará mucho tiempo? Llegará el día en el que la última bombilla que encontramos se funda. El reactor de nuestro submarino dejará de funcionar. Se nos acabarán los cartuchos. Ya no nos quedará tiempo de enseñar a nuestros hijos a leer y escribir. Otros conocimientos serán más importantes: hacer fuego frotando maderas, saber elegir una rama para el arco... la civilización es como un castillo de arena. Es bonita, pero muy frágil. Hay que cuidarla en todo momento, porque si no el viento del tiempo la seca, y entonces se desmenuza y el polvo se dispersa. Bastará con tres generaciones que no sepan leer para que todo quede olvidado por completo, y ya nadie entienda nada de todo lo que se creó con tanto esfuerzo y se transmitió con tanto afán a lo largo de las doscientas generaciones previas. Retrocederemos quinientos años. Volveremos a los principados feudales, tal vez a las tribus, y quedaremos muy pocos, estaremos demasiado aislados, esparcidos por el gigantesco territorio de nuestro antiguo país. Poco a poco, la lengua que se hablaba hace treinta años desde Pskov a Kamchatka empezará a olvidarse y se disgregará en dialectos locales, en conceptos locales, mutará igual que las plantas y los animales, igual que nosotros mismos, y se transformará en cientos de hablas distintas, Por un solo paso en falso, ya no podremos volver a unirnos para escalar hasta la cima desde la que caímos al vacío. Lo he hablado con mi gente. Debo de haberlo hablado mil veces. Nadie quiere escuchar. Esa gente vive en el presente, no quiere pensar en lo que ocurrirá mañana. Yo ya soy demasiado mayor para seguir con esto. Sé que para mí no hay un mañana, pero siento miedo al pensar que me marcharé, y que lo que queda de humanidad tampoco tendrá un mañana... ¿entiendes? —Agarró el manillar para obligar a Vanka a detenerse y lo miró a los ojos—. No debería ser así. Aún podríamos recobrar todo lo que teníamos... lo importante, ahora, es llegar hasta el final.

El Camino inició un brusco ascenso y se dirigió a una cima de altura inusitada. Vanka bajó de la bicicleta y continuó a pie. No había entendido todo lo que le había dicho Serafim Antonovich, pero el viejo había logrado contagiarle su fe en la posibilidad de alcanzar una vida mejor, en la que los seres humanos construirían carreteras como aquélla sin temer los gélidos inviernos, se defenderían de las bestias rapaces y de los caníbales con formidables armas de fuego, verían en la oscuridad y no se morirían a los cincuenta años, ya decrépitos a causa de las enfermedades incesantes. Y si para conseguirlo tenía que olvidarse de su hogar y seguir adelante con Serafim Antonovich hasta el final del Camino, estaba dispuesto.

El ascenso terminó. Vanka dejó la bicicleta y se echó a correr, porque quería ser el primero que contemplara las vistas desde la colina. Y desde el primer instante lo vio todo claro, Miró con desesperación a Serafim Antonovich, que subía detrás de él con una sonrisa bondadosa en el rostro —los últimos pasos le resultaron especialmente difíciles—, y sintió el deseo de que el viejo no llegara a la cumbre.

Un río veloz, de aguas oscuras, partía por la mitad el valle que se extendía abajo. El Camino zigzagueaba desde lo alto de la colina hasta su orilla y terminaba en un puente de hormigón. Dos o tres de sus tramos centrales se habían venido abajo tiempo atrás sobre el agua agitada y espumosa. En los trechos de Camino que quedaban a lado y lado del río se agolpaban autobuses y unos vehículos robustos y achaparrados, con unos cañones largos instalados en torretas bajas.

Al otro lado del puente... al otro lado, el Camino se interrumpía. Unas decenas de metros más allá, la autopista de seis carriles se transformaba en un sendero angosto cubierto de grava, que poco más adelante desaparecía en un bosque impenetrable. No mucho más lejos se divisaban excavadoras, aplanadoras, tractores... más allá no había nada.

—Así que no lo terminaron. —Serafim Antonovich se pasó la mano por los ojos, como para liberarse de su propio aturdimiento—. Venga, hijo, bajemos hasta el puente. —La voz le temblaba. Vanka temió que se echara a llorar y asintió dócilmente.

—Enviaron tanques al puente sin terminar... qué listos. Vino el presidente... se hizo una inauguración solemne... un proyecto nacional...—murmuraba para sus adentros Serafim Antonovich, de pie en el borde. Igual que un niño, hurgaba con la punta de la bota el hormigón desmenuzado y lo veía caer en el río revuelto de turbio color verde.

Vanka se había quedado más atrás y miraba a su alrededor con Ojos perdidos. El viaje había terminado. Lo sabían tanto el viejo como el muchacho. A lo largo de las décadas, la taiga había crecido y había engullido el terraplén de grava, sin dejar apenas trazas. No tenía ningún sentido que trataran de abrirse paso por un bosque frondoso a lo largo de decenas, cientos de kilómetros, para buscar a los fantasmas de los evacuados en aquella espesura impenetrable. El último gran proyecto del país ni siquiera había llegado a su fin.

Serafim Antonovich se sentó en el borde con las piernas colgando y no paraba de murmurar, a veces en tono lastimero, otras con rabia. Vanka estaba a su lado y de vez en cuando, a pesar del fragor del agua, lograba distinguir retazos de ideas confusas:

—Tecnologías de vanguardia... la ruta al futuro... ¡Qué profecía! ¡Se cumplió del todo! Mira hacia dónde conduce... a nuestro futuro...